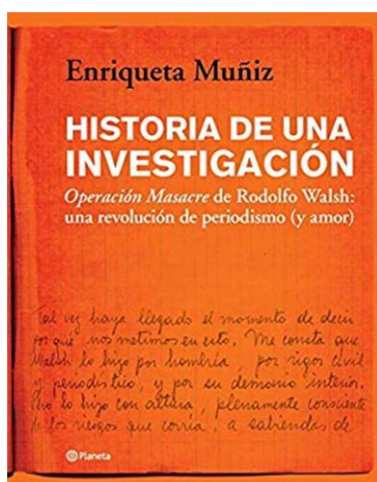

SOBRE *HISTORIA DE UNA INVESTIGACIÓN*, DE ENRIQUETA MUÑIZ

Victoria García
CONICET
Universidad de Buenos Aires
victoriaggarcia@gmail.com



∞

Historia de una investigación, de Enriqueta Muñiz; Buenos Aires: Planeta, 2019; 272 pp.; ISBN: 978-950-49-6810-8.

Toda escritura íntima se da a leer bajo la promesa –falsa– de la revelación de un secreto: “Más de sesenta años después de *Operación masacre*, la familia de Enriqueta Muñiz pone fin al misterio y revela los diarios que la colaboradora de Rodolfo Walsh escribió de puño y letra durante la investigación”, anuncia en ese sentido la contratapa de *Historia de una investigación*, editado por Planeta, con prólogo de Daniel Link e introducción de Diego Igal. El facsímil elegido por los editores para la reproducción de los materiales de archivo (que incluyen también cartas que Walsh le envió a Muñiz, textos mecanografiados de cuentos y poemas del autor, una nota manuscrita sobre la fotografía y la transcripción del testimonio de uno de los sobrevivientes, Juan Carlos Giunta), intensifica ese halo de autenticidad del que suelen investirse los diarios personales.

Hasta la publicación de estos materiales, Enriqueta Muñiz había sido una figura esquiva: un nombre propio que, insinuado en la dedicatoria de *Operación masacre*, pasaba enseguida a elidirse bajo un *yo* autorial únicamente masculino, atento, como lo ha señalado Ana María Amar Sánchez (2008: 181), a los cánones del género policial que por entonces cultivaba Walsh. El escritor procuró, años más tarde, devolverle a Muñiz algo del protagonismo que había tenido en la investigación que condujo al libro: “si en algún lugar [...] escribo ‘hice’, ‘fui’, ‘descubrí’, debe entenderse ‘hicimos’, ‘fuimos’, ‘descubrimos’”, señala en el prólogo de la segunda edición, de 1964 (Walsh 1964: 12).

Y sin embargo, ese *nosotros* que Walsh llegó a reconocer nunca fue asumido como tal por Muñiz. Las pocas veces que se refirió públicamente a su participación en la investigación, se ocupó de enfatizar que lo suyo había sido una mera colaboración, y que el libro le pertenecía enteramente a Walsh. Más aún, cuando las variaciones introducidas por el autor en *Operación masacre* hicieron evidente un cambio significativo en sus posiciones políticas, Muñiz llegó a desear que eliminara la dedicatoria:¹ el libro, reescrito como una crónica de “la experiencia colectiva del peronismo en los años duros de la resistencia, la proscripción y la lucha armada” (Walsh 1973: 200), se le volvía cada vez más ajeno.

El “misterio” que rodea a la figura de Enriqueta Muñiz se debe, en parte, a que no se acomoda sencillamente a una idea lineal de la vida y la obra de Walsh: esa del escritor comprometido y politizado que habría pasado sin dificultades de la denuncia de los fusilamientos clandestinos de 1956, a la militancia en la izquierda peronista y la denuncia de los crímenes de la dictadura militar en 1977. En rigor, los diarios registran las contradicciones con las que Walsh y la misma Muñiz lidiaron, al conducir una investigación que los enfrentaba a la violencia de una “Revolución Libertadora” que ellos mismos habían apoyado:

Walsh me dice:

- ¡Y luego quieren que dejen de ser peronistas! ¡Si Perón les dio una casita con flores, y estos vienen a sacarlos de ella para llevarlos a un baldío y matarlos como a perros, por la espalda!

Y Walsh es anti-peronista. ¡Pero la evidencia es tan triste y abrumadora! (Muñiz 2019: 170).

El registro de los encuentros con los sobrevivientes y los familiares es uno de los aspectos más valiosos de los cuadernos de Muñiz. Deja ver los obstáculos que implicó el proceso de reconstrucción de los hechos y, sobre todo, las tensiones del diálogo con los testigos, siempre un poco divergentes de las expectativas de los entrevistadores. Algunos, como Giunta, hablan demasiado y abruma a los periodistas –con esa desmesura del testimonio que Agamben (2002: 14) observa en Primo Levi: cuando vuelve a casa, no puede sino hablar de lo que le ha ocurrido–. Otros, como Di Chiano, se resisten a contar la historia, por miedo a posibles represalias o porque prefieren evitar volver a los sucesos dolorosos que han protagonizado. En los cuadernos, la autora registra algunos recursos de los que echó mano para vencer la resistencia inicial de los entrevistados, como cuando fingió una indisposición para suscitar la hospitalidad de uno de ellos (Muñiz 2019: 109), o cuando apelaba deliberadamente a actitudes compasivas para estimularlos a que hablasen: “Solté mi frasecita mágica, ‘¡cuánto ha debido sufrir Ud!’” (Muñiz 2019: 111). Poco a poco, sin embargo, el interés profesional y los artilugios de la periodista para acceder a la

¹ Así lo señala en una de las charlas que Enriqueta Muñiz brindó sobre *Operación masacre* en 1993 y 1994 en el Taller Escuela Agencia (TEA) de Periodismo, grabadas y posteriormente difundidas por Diego Igal (Muñiz 2019: 62).

información dan paso a una genuina conmoción por la situación de violencia que los sobrevivientes y sus familiares han atravesado:

Tengo un nudo en la garganta: Carlos Brión tiene un modo de decir “mamá y papá” que mentalmente me lo representa como un buen hijo de familia. Me siento penetrada de un odio profundo por los culpables. Carlos Brión y su patética historia me han conmovido casi más que los tres huerfanitos de Rodríguez [...]. Es extraño cómo poco a poco los personajes de esta tragedia van apoderándose de mí (Muñiz 2019: 149).

La *trastienda* de la investigación, eso que en *Operación masacre* aparece revestido de artificio novelesco, en *Historia de una investigación* se despliega bajo la forma del testimonio. La voz de Muñiz, pero también la de los testigos, aparecen en primer plano. Así ocurre en la “Relación de Giunta”, que surgió de una entrevista de Muñiz con el sobreviviente, luego de que Walsh le *cediese* a su colaboradora el trabajo con su caso –“Walsh me ha ‘regalado’ el ‘caso Giunta’; más tarde [...] yo tendré la exclusiva” (Muñiz 2019: 98)–. Como señala Link en su prólogo, este material “en crudo”, obtenido en la investigación, resulta de particular interés para ser confrontado con la reelaboración narrativa de los hechos que se plasma en el libro.

Pero Walsh, que “inventó” la literatura testimonial, enseñó a la vez a desconfiar de la sinceridad ingenua del testimonio: “es una verdad recortada”, anota en sus papeles personales en 1971 (Walsh 2007: 216). Y, en efecto, si los diarios de Enriqueta Muñiz develan algunos secretos sobre la elaboración de *Operación masacre*, también introducen otros interrogantes sobre un proceso de investigación que cambió la historia de la literatura argentina. Las páginas arrancadas de los diarios son una indicación inequívoca de ese secreto que no se deja develar del todo.

Lo que parece faltar en los cuadernos es, según Diego Igal lo plantea en la introducción, la explicitación de una sospecha, una revelación lisa y llana que reafirmaría lo que toda una serie de indicios hace conjeturar: esto es, que entre Walsh y Muñiz hubo, además de un vínculo profesional y humano intenso, una historia de amor. Los indicios, llamativamente, provienen más de la escritura de Walsh que de la de Muñiz. A la dedicatoria que persiste en las distintas ediciones del libro, se suman ahora las anotaciones que deja en el diario de su colaboradora; la elogia en relación con sus aportes a la investigación: “You’re just wonderful!” (Muñiz 2019: 92), y cuando Enriqueta se queja del carácter obstinado de Walsh (“es así, hay que aguantarlo o dejarlo”), le sugiere: “Preferiblemente, aguantarlo” (Muñiz 2019: 194). Más aún, en las cartas de Walsh que siguen a los cuadernos, la insinuación de las notas se despliega como el testimonio minucioso de un amor tan excepcional como frustrado:

Ahora que he releído tus cuadernos, voy a escribirte algunas cosas de la extraña fábula que vivimos, y las escribiré sólo para ti, y con “el amor a ti debido.” Creo que hemos transitado juntos una de las más hermosas historias de nuestro tiempo [...]. Nunca estuve tan unido a nadie. Es curioso, porque yo siempre creí, y habitualmente creo todavía, que el amor físico es lo que ata con más terrible fatalidad (en ese sentido tiene algo de diabólico), y contigo, bueno, tú sabes que he sido muy mal samurái, y tan poca cosa finalmente. Y a pesar de eso me sentía tan ligado a ti, como por una misma sangre, y yo creo que eso que nos ataba era una inminencia de muerte y una plenitud de confiado amor, por un lado insatisfecho –es cierto– mas por otro decantado y sufrido en la impaciencia y el temor que compartíamos (Muñiz 2019: 231).

El registro amoroso de Walsh en sus cartas, los poemas que le envía a Muñiz en la misma época – la declaración de amor, como dice Badiou, se parece al poema (2016: 46)– contrastan con el silencio que envuelve los sentimientos y las vivencias amorosas de la propia Muñiz. Si bien admira al escritor y se ocupa de plasmarlo en los cuadernos –“es ‘sistemáticamente’ buen escritor”, considera (Muñiz 2019: 182)–, elude toda referencia al *más allá* del trabajo periodístico y arranca varias páginas de los cuadernos para señalar, presumiblemente, que ciertos aspectos de su relación con él permanecerán para siempre en un recodo insondable de su intimidad. “Estas líneas *guardarán para mí* el recuerdo vivo de una aventura llena de riesgos y emociones”, anuncia Enriqueta al comienzo de los diarios (Muñiz 2019: 73, subrayado nuestro). En este programa de resguardo *para sí* de sus cuadernos resuena la idea de que, cuando se trata de un texto íntimo, quien escribe es a la vez quien lee, el primer y quizás único destinatario de la escritura. Walsh fue una excepción a esta regla, el lector confidente que dejó su marca en los diarios. Pero, fuera de esa intimidad compartida por dos, los diarios se mantuvieron en secreto por muchas décadas –¿acaso debajo de la cama de la autora, donde durante la investigación Enriqueta guardaba celosamente los originales de *Operación masacre?*–. El texto solo salió a la luz póstumamente, cuando la familia juzgó que el silencio de Muñiz sobre el destino que deseaba para los cuadernos podía ser entendido como una especie de resignación tácita a que se publicaran (Muñiz 2019: 67).

Marcelo Figueras ficcionalizó en *El negro corazón del crimen* (2017) la historia de investigación que ahora aparece en la forma de diarios. En su reseña del libro, el autor señaló que cuando supo de la publicación de los diarios de Muñiz deseó (anacrónicamente) haber contado con ellos para la escritura de su novela (Figueras 2019). Sin embargo, es posible hacer el razonamiento inverso y conjeturar que, más bien, su novela pudo ser escrita *porque* hasta antes de la publicación de los diarios la figura de Muñiz permanecía en la oscuridad: era, así, más una *ficción* que una *realidad* en lo que sabíamos sobre la vida y la obra de Walsh.

De hecho, el personaje de Enriqueta que crea Figueras difiere significativamente de su autofiguración en los cuadernos: más que señalar los reiterados aciertos de Walsh en el proceso de investigación, interviene polémica y activamente en la relación con el escritor, no solo en la investigación sino también en la escritura del libro. Es ella la que sugiere que el título pensado inicialmente por Walsh, *Fusilados al amanecer*, es demasiado romántico (Figueras 2017: 309); es ella la que rechaza taxativamente el capítulo 23 –que, finalmente, Walsh suprimiría en la edición de 1969– (Figueras 2017: 361-2); es ella la que prevé que el proceso de escritura continuará más allá de 1957, la que considera que *Operación masacre* no admite un final definitivo porque “no es *exactamente* una novela. Estás lidiando con la historia viva. ¡Lo que entregues seguirá siendo un *work in progress*, lo quieras o no!” (Figueras 2017: 369).

Si, en la novela de Figueras, Muñiz es casi una coautora de *Operación masacre*, en los cuadernos, en cambio, su figura reafirma la autoría irrefutable de Walsh aunque, al mismo tiempo, deja ver las tensiones que esa autorialidad encierra, con particular complejidad en un libro que no surgió de la sola imaginación del autor, sino de un diálogo intenso con *la realidad* y sus protagonistas. En este caso, lo que aparece de relieve no es tanto la relación del escritor con los sectores populares que protagonizaron la historia y contribuyeron a reconstruirla, como ocurre en relación con otras expresiones de la literatura testimonial latinoamericana (*Me llamo Rigoberta Menchú* es el ejemplo paradigmático). Más bien, se ponen de manifiesto las tensiones y asimetrías del vínculo entre Walsh y Muñiz, hombre y mujer dedicados, de diversos modos, a la escritura periodística y literaria. Muñiz corría en desventaja en relación con Walsh. En el diario, toma nota

de las dificultades que conllevó para ella involucrarse en la investigación del “caso Livraga” sin contar con la aprobación de su familia: registra las actividades de las que no pudo participar por verse sujeta a obligaciones domésticas –“Mi horario me priva de una sesión interesante, por centésima vez” (Muñiz 2019: 184)–, y en un apunte de febrero de 1957, reflexiona: “mi situación familiar ha constituido una verdadera traba para el desenvolvimiento de mis actividades” (Muñiz 2019: 129). Como lo ha señalado el biógrafo irlandés de Walsh, Michael McCaughan, la situación de Muñiz durante la investigación contrasta con la del escritor, quien, aun casado y con dos hijas pequeñas en la época, pudo vivir “una aventura de tiempo completo” (2015: 62).

Probablemente, el testimonio más claro de estas asimetrías sean las escenas de los diarios referidas al problema de la propiedad intelectual de la investigación que concluyó en el libro. No solo las discusiones de Walsh con el director de *Revolución Nacional*, Luis Cerrutti Costa, quien según Muñiz tuvo “toda intención de atribuirse la paternidad de las notas periodísticas” allí publicadas (2019: 151), sino sobre todo el rol que la misma Enriqueta jugó en la consagración de Walsh como autor indiscutido de *Operación masacre* y de sus pretextos periodísticos. Fue ella la encargada de hacerle firmar a Cerrutti un recibo por los artículos, que dejaba asentado que Walsh era su único autor –“Fue un terrible tira y afloja”, recuerda (Muñiz 2019: 157)–. También fue ella la protagonista de una escena que hace ya varios años evocaba Daniel Link (1995: 22), según la cual Walsh habría inscrito los artículos de *Revolución Nacional* en el registro de la propiedad intelectual, bajo el rubro de “Interés histórico”. Ese gesto dejaba ver la férrea voluntad de autoría del escritor, que quiso dejar plasmada su firma allí donde las condiciones de la publicación no lo permitían. Pero el relato hasta ahora conocido de la escena ocultaba, a la vez, que fue una mujer, Enriqueta Muñiz, la que fue personalmente al registro de la propiedad intelectual a inscribir los artículos. Es decir, fue Muñiz la que llevó adelante el *trabajo manual* de consagrar el *trabajo intelectual* de Walsh.

Nada cambia, y al mismo tiempo todo es diferente sobre *Operación masacre* ahora que reaparece la figura femenina que participó de la investigación. Sin ella, el libro probablemente existiría: “Si vos no me hubieras acompañado, yo habría emprendido solo la aventura –sobre eso no te engañes–, porque [...], me sentí literalmente poseído y avasallado por el tema, irresistiblemente arrastrado” (Muñiz 2019: 231), le dice Walsh en una de las cartas que le envía. Pero se trataría de un libro diferente, porque el que conocemos, antes de materializarse en la escritura de Walsh, se gestó en un diálogo, con Muñiz como interlocutora privilegiada –“esa milagrosa entidad única que éramos los dos juntos, y que yo no podría ser solo” (231), le escribe también Walsh en su carta–.

Quizás la novedad más importante que introducen los cuadernos de Muñiz en la historia de investigación, (re)escritura y lectura que es *Operación masacre* reside en esa invitación a repensar al autor, Walsh, y a poner en tensión, así, un relato que él mismo contribuyó a instaurar sobre su vida y su obra. Se trata, una vez más, de ese relato lineal, según el cual Walsh habría sido, primero, el hombre solo que se enfrentó al poder –“me vi solo”, “volví a encontrarme solo”, dice prólogo de 1964 (Walsh 1964: 9)–, y, recién mucho después, el integrante de un *nosotros* político que interpelaba su producción literaria y lo llevaba a resignificar los hechos narrados en *Operación masacre*. Pero Walsh, nos cuenta Enriqueta Muñiz, no estaba solo cuando encaró la investigación que lo haría parte de la historia literaria y política argentina. Nadie está solo cuando hace historia. Esa parece ser la enseñanza de los diarios de Muñiz, el secreto que se devela cuando algo de su intimidad se publica.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio. 2002. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-Textos.
- AMAR SÁNCHEZ, Ana María. 2008. *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*. Buenos Aires: De la Flor.
- BADIOU, Alain. 2016. *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- FIGUERAS, Marcelo. 2017. *El negro corazón del crimen*. Buenos Aires: Alfaguara.
- _____. 2019. “Esa muchacha”. *El cobete a la luna*. 10 de noviembre. <<https://www.elcohetealaluna.com/esa-muchacha/>> [Consulta: 27 de diciembre de 2019].
- LINK, Daniel. 1995. “Rodolfo Walsh: vida y obra”. *Tramas, para leer la literatura argentina*. N° 1. 15-28.
- MCCAUGHAN, Michael. 2015. *Rodolfo Walsh: periodista, escritor y revolucionario 1927-1977*. Santiago de Chile: LOM.
- WALSH, Rodolfo. 1964. *Operación masacre y el Expediente Livraga*. Buenos Aires: Continental Service.
- _____. 1973. *Operación masacre*. Buenos Aires: De la Flor.
- _____. 2007. *Ese hombre y otros papeles personales*. Buenos Aires: De la Flor.